

ARS MORIENDI
CUENTOS DE LA NO VIDA



Título: *Ars moriendi - Cuentos de la no vida*

Primera edición: octubre 2020.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.

Dirección: Manuel Arcas Castillo.

Coordinación: Ana Martínez Castillo.

www.inlimbo.es

www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © David Roas © Ángeles Mora Álvarez © Solange Rodríguez Pappe © Pablo Brescia © María Zaragoza © Ana Morán Infiesta © Alberto Chimal © Ana Llurba © Gemma Solsona Asensio © Ana Martínez Castillo

Diseño de la colección: Raúl Torres y Rosa Aguilera García.

Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel)

Corrección: Juan García Rodenas.

Maquetación: Rosa Aguilera García

Asesor de contenidos: Valentín Carcelén.

Prólogo © Natalia Álvarez Méndez

Fotos autores: AlbertoChimal: Foto © Isabel Wagemann. Ana Martínez: Foto © Flora Santos. AnaLlurba: Foto © Celina Bordino. Angeles Mora: Foto © Marivié Troy. Pablo Brescia: Foto © Alejandro Meter

Impresión y encuadernación: Estilo Estugraf Impresores S.L.

www.estugraf.es

ISBN: 978-84-121675-3-5

Depósito Legal: AB 442-2020

IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.

ARS MORIENDI **Cuentos de la no vida**

David Roas • Ángeles Mora Álvarez • Solange Rodríguez Pappe • Pablo Brescia • María Zaragoza • Ana Morán Infiesta • Alberto Chimal • Ana Llurba • Gemma Solsona Asensio • Ana Martínez Castillo

Coordinada por Gemma Solsona Asensio



InLimbo
Narrativa

*Porque no pude detenerme ante la muerte,
amablemente ella se detuvo ante mí;
el carruaje solo nos contenía a nosotros
y la inmortalidad.*
Emily DICKINSON

*¿en qué perspectiva
—dime— acoger la muerte?*
Leopoldo María PANERO

Prólogo

InLimbo Ediciones ha llegado a nuestro panorama literario para quebrar las visiones inocentes de lo que nos rodea, para sorprender con la belleza estética de lo oscuro y de lo extraño que nos envuelve, modulada en forma de sombras inquietantes que se filtran por las grietas de la normalidad cotidiana.

En tiempos de felicidad impuesta es difícil mirar de frente a la realidad, sobre todo cuando se trata de abordar aquello que no entendemos, que provoca miedo, que hace añicos todo lo que somos y todo lo que habitamos. Sin embargo, las páginas de este libro, que inaugura su colección de narrativa, invitan al lector a encontrar un lugar propio en este extraordinario limbo editorial y a instalarse en una visión reveladora entretejida con el triunfo de lo ominoso, del escalofrío, de lo siniestro y de lo perturbador.



El título *Ars moriendi* —*El arte de morir*— hace un guiño no casual a textos de finales de la Edad Media que, escritos en el marco del azote de la peste negra y de contiendas bélicas, ofrecían una guía para la buena muerte. La literatura posterior fue gestando una reconocible tradición en torno a ese eje. No en vano, nuestro carácter finito, preocupación constante del ser humano, ha estado siempre presente en la historia cultural y literaria, configurando un universal temático. Por todos son conocidos los tópicos de tiempo, que muestran la actitud ante

el transcurrir hacia el término de la existencia, y la tónica de la consolación, con fórmulas que tratan de preparar al hombre para la ardua aceptación de esa circunstancia. Pero que no se engañe el lector. Los *Cuentos de la no vida* se distancian tanto de los consejos para morir en paz espiritual a través de la salvación del alma como de los argumentos que constituyen los lugares comunes. Estas ficciones ofrecen una vertiente creadora original que supera los patrones heredados.

Voces hispánicas consagradas en las modalidades de lo fantástico y de lo insólito se unen a otras menos conocidas, pero también poderosas en el arte de descubrir el mundo y el ser humano mediante formas alejadas del realismo literario. El resultado es magnífico: una indagación en la muerte desde múltiples enfoques y divergentes ángulos, con ritmos y registros variados que nos empujan a realizar un recorrido en el que se reinventan los tópicos al entrecruzarse con las particularidades de cada sociedad y de cada cultura. Estas *artes moriendi*, y no empleo el plural de modo vacuo, horadan en nuestra finitud a través de relatos que nos enfrentan a diversas formas de estar muerto. Ese hilo conductor se espiga en traumas familiares, niños que fenecen, presencias imposibles, la dificultad de acostumbrarnos al dolor generado por los fallecimientos y el temor trenzado por nuestra condición de seres efímeros. Narraciones oscuras y turbadoras enfocan la muerte, penetran en su sentido, si es que lo tiene, y nos llevan al asombro.

La antología se abre de modo magnífico con «Reunión familiar», de David Roas, ficción precisa, ágil, sostenida por una segunda persona que nos sumerge de lleno en la angustiada vivencia del protagonista. La obsesión de este —vinculada, en confeso homenaje a Mark Twain, al motivo de los gemelos— y el calado del miedo metafísico que impregna la narración permean al lector, que se ve sorprendido por giros que no permiten el acomodo literario y que rompen los moldes de desarrollos y desenlaces predecibles.

Tras esa apertura, otros nueve cuentos transitan los recovecos de la no vida. Algunos de ellos, con un revestimiento posmoderno próximo al primero, como el de María Zaragoza que, bajo el título «El que murió sin perdón», se introduce también en el ámbito familiar. En este caso concreto, la historia de fantasmas con cuentas pendientes se convierte en un hábil resorte para hablar de la compleja relación entre padres e hijos, partiendo del terrible momento en el que se deja de ver a los progenitores como seres perfectos. También «Post mortem», de Pablo Brescia, cuya intriga parte de la tradición del horror fantástico —con un personaje perteneciente a una reconocible estirpe monstruosa— para ir más allá y hacernos mirar a la muerte a la cara. El escritor argentino adereza, además, la trama con interesantes reflexiones sobre nuestra naturaleza perecedera asociadas a algunos de los mitos, filósofos y escritores que han ido configurando parte de nuestro imaginario cultural y literario.

Si en las ficciones citadas cobran relevancia los fantasmas y el espacio de la casa —ya sea esta última más moderna o con los rasgos típicos del gótico respectivamente—, en «No me pongas flores» Gemma Solsona Asensio retoma esos motivos, aunque con un ritmo y un estilo distintos. Este cuento, enmarcado en un tiempo indeterminado pero distante de la posmodernidad, nos sitúa ante la infancia, sin rehuir la carga de capricho y de crueldad que a esta se puede vincular. Uno de sus personajes centrales, la niña enfermiza que ejerce una fascinación desmedida sobre otra y que, a su vez, la siente por la muerte, nos volverá a enfrentar a la complejidad de las relaciones familiares.

A épocas pasadas, en muchos casos también sin especificar, nos trasladan otras autoras. Así lo hace Ángeles Mora Álvarez, con «El *voyeur* y la muerte», que localiza la narración en París. El cuento, más clásico en su construcción inicial a través de la tercera persona, finaliza con un interesante juego metaficcional que cierra el relato desde el *yo* narrativo. En me-

dio de esa construcción, degustamos imágenes impactantes, así como una interesante crítica de género, que acompañan a la visión de la muerte de una joven focalizada desde variadas perspectivas. Con esa técnica ahonda en el dolor causado por la muerte, en la dificultad de entenderla, incluso en la necesidad de escritura sobre ella y en la atracción que podemos sentir por la misma. También en un tiempo anterior al actual nos conduce Ana Morán Infesta con «Cuerpos». El relato rompe con el resto de tonos del libro y atrapa al lector desde una voz muy personal que no evita la crudeza al abordar la sexualidad desde resortes de un horror fantástico que se despliega con invocaciones a espíritus y la búsqueda de cuerpos a los que poseer. A ellos se suma el cuento que cierra el libro, «Engranajes», de Ana Martínez Castillo, que asienta la trama en la Gran Bretaña del siglo XIX y reproduce con maestría su singular atmósfera. Motivos como el autómata, concebido entre la fascinación y el rechazo, y el viaje en el tiempo guían el cuento hacia un desenlace que parece contentar al lector hasta que el giro final conmociona y deslumbra a partes iguales, haciendo que se tambalee la tradicional concepción de la muerte.

En otros ámbitos geográficos y culturales nos sumergen los tres cuentos restantes de la no vida. Ana Llurba, con «Villa Anahita Ruin Porn» seduce a través de la mitología yoruba y la recreación de un mundo distópico y posapocalíptico en el que la muerte, los oscuros rituales y lo espectral no ocultan una crítica a nuestra realidad: violaciones, abusos, negligencias, alertas de contaminación y las consecuencias del turismo y del impacto negativo de los humanos constituyen el telón de fondo en el que se ubica la intriga. En América del Sur nos sitúa la ecuatoriana Solange Rodríguez Pappé con un relato que introduce un estilo especial, no solo por sus diálogos, sino por el humor negro que perfila algunos pasajes. Los peculiares «Compañeros de viaje» de un bus que se desplaza camino hacia Manta, van contando sus vivencias y encadenando en la conversación tramas de horror fantástico que cobran fuerza

a través de olores, corrientes de aire, sensación de miradas, de presencias y de hechos extraños. El conjunto de esas voces nos da una magnífica lección acerca de cómo afrontar y aceptar la muerte. Y en unas coordenadas espaciales y temporales vinculadas a lo mítico, en la línea de sus primeras publicaciones, presenta Alberto Chimal sus «Historias de pueblos muertos». El escritor mexicano pone de relieve actitudes vitales y experiencias que, aparentemente remotas, son totalmente actuales, diríamos que universales. Ofrece, así, una imagen terrible de las equivocaciones repetidas por el hombre en su camino a la muerte.



Ars moriendi. Cuentos de la no vida insta al lector a navegar por diferentes épocas, espacios y estéticas del horror insólito. La exploración del alcance que posee la muerte y el compendio de los miedos que esta genera se lleva a cabo en un vaivén que juega con la fascinación narrativa por lo oscuro, el sesgo de lo fantástico posmoderno, el aliento poético, lo mítico y el humor negro. Sus múltiples registros nos permiten mirar de frente a la condición efímera del ser humano, ver y entender nuestros fantasmas sin caer en el abismo y disfrutando con auténtico placer de sus turbadoras historias.

Natalia Álvarez Méndez
Universidad de León. Grupo GEIG

David Roas (Barcelona, 1965) es escritor y profesor de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde también dirige el Grupo de Estudios sobre lo Fantástico (GEF).

Es autor de los volúmenes de cuentos y microrrelatos *Los dichos de un necio* (1996), *Horrores cotidianos* (2007), *Distorsiones* (2010; ganador del VIII Premio Setenil al mejor libro español de cuentos del año), *Intuiciones y delirios* (2012), *Bienvenidos a Incaland*® (2014), *La casa ciega* (2018) e *Invasión* (2018). También ha publicado las novelas *Celuloide sangriento* (1996) y *La estrategia del koala* (2013).

Especialista en lo fantástico, entre sus ensayos cabe destacar: *Teorías de lo fantástico* (2001), *Hoffmann en España. Recepción e influencias* (2002), *De la maravilla al horror. Los orígenes de lo fantástico en la cultura española* (2006), *La sombra del cuervo. Edgar Allan Poe y la literatura fantástica española del siglo XIX* (2011), *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico* (2011; IV Premio Málaga de Ensayo), e *Historia de lo fantástico en la cultura española contemporánea (1900-2015)* (2017).

Reunión familiar
David Roas

Para Mark Twain

Nunca supimos si fuiste tú o tu hermano al que enterramos aquel día. Con el tiempo, ya dio igual.

Las palabras de tu madre resuenan intolerables en tu cabeza. No sabes qué te perturba más, si descubrir que una vez tuviste un hermano o que tus padres no sepan cuál de los dos es el que murió.

No recuerdo de quién fue la idea de ponerlos pulseras de distintos colores para identificarlos. Decir que eráis iguales es poco, hijo. Ocho meses juntos y ni tu padre ni yo éramos capaces de distinguirlos. Aquella desgraciada mañana os estábamos bañando y, confiados, os dejamos un momento a solas. No fue más que un momento. Cuando regresamos, uno de los dos estaba boca abajo, mientras el otro lo miraba en silencio. Os sacamos inmediatamente del agua, pero no hubo nada que hacer. Uno de vosotros estaba muerto. Nunca supimos quién: el agua había desatado las pulseras y ya fue imposible saber cuál de vosotros era al que íbamos a enterrar. Sé que teníamos que habértelo contado antes, pero el tiempo fue pasando y ningún momento parecía el adecuado para hacerlo. Demasiado dolor. Tras la mudanza, lejos de los vecinos que os conocieron, tus abuelos eran los únicos que sabían la verdad de lo

ocurrido, y les pareció bien guardar el secreto. Hasta que ayer tu padre encontró las pulseras en el fondo de un cajón y supo que no podía ocultártelo por más tiempo.

Un hermano. Gemelos. Tardas en procesar la historia que tu madre acaba de contarte por teléfono. Buscas en tu memoria, pero no encuentras recuerdo alguno de la época en que fuisteis dos. Tres décadas ejerciendo de hijo único, mientras tu hermano no llegó a celebrar su primer cumpleaños. Ahí se detuvo.

Revisas las pocas fotos de bebé que conservas buscando alguna pista, algún signo que revele —que confirme— lo que acabas de escuchar. En todas ellas, no podía ser de otro modo, apareces tú solo. O quizá no seas siempre tú el retratado. ¿Cómo saberlo? Te fijas en las pulseras. No sabes qué color os dieron a cada uno. Ni quieres saberlo. ¿Cambiaría eso algo? Uno de los dos está aquí y el otro lleva treinta años bajo tierra. Deberías sentirte afortunado.

El mito de la conexión entre gemelos parece no cumplirse contigo. Nunca has notado su ausencia. Nunca has echado en falta a tu otra mitad. Quizá porque se fue muy pronto.

A tu cerebro afloran imágenes de tu infancia, reminiscencias inconexas que, de pronto, empiezan a cobrar sentido. Tu madre llamándote a veces por un nombre que no era el tuyo, y lo azorada que se mostraba al quejarte por ello. Los regalos dobles de tus abuelos por tu cumpleaños, y sus excusas (Por si se te rompe. Por si lo pierdes), que ahora entiendes. Pobres abuelos, colmando de atenciones al nieto que empezó siendo dos. Aquello debió durar hasta tus siete u ocho años. Nunca te quejaste.

Ahora comprendes también por qué has sido hijo único. Con lo que tú insististe para que te dieran un hermanito. Cada berrinche tuyo avivaba, sin pretenderlo, el trauma familiar.

Pasan los días. No has vuelto a hablar con tu madre. No sabrías qué decirle, cómo expresarle tu malestar. ¿Por qué

tuvo que contártelo? ¿Por qué despertar un recuerdo que no existía?

Un recuerdo que ha empezado a convertirse en obsesión. No puedes dejar de pensar en tu gemelo. Tu mitad muerta. Mientras aquel cuerpecito se pudría lentamente, tú seguías creciendo, ibas al colegio, aprendías a montar en bicicleta, te rompías un brazo (nunca acabaste de manejar bien aquel trasto), ibas de vacaciones a la playa, te daban tu primer beso...

Sueñas con tu hermano encerrado en su diminuto ataúd. Lo imaginas con sus ropitas de bebé, idénticas a las que tú debiste seguir vistiendo durante un tiempo, muchas heredadas de él. Lo que más te inquieta del sueño —ahí es donde siempre te despiertas— es ver su cara, que es la tuya.

Noche tras noche, el mismo sueño te persigue. Hay veces en las que, todavía dormido, te parece sentir una presencia a los pies de tu cama. Pero cuando te incorporas y enciendes la luz compruebas que la habitación sigue tranquila como siempre.

Hoy, tras notar la acostumbrada agitación sobre tu cama, enciendes la luz y lo ves. Crees estar soñando y tratas de despertar de lo que no puede ser más que una pesadilla. Cierras los ojos con fuerza, intentando borrar esa imagen, deseando que desaparezca. Pero sabes que está ahí. Y sabes quién es.

No parece un fantasma. Está a medio pudrir, el vestidito sucio y andrajoso. No hace ningún ruido mientras gatea lentamente hacia ti. Paralizado, no puedes más que encoger las piernas, retrasar todo lo posible el inevitable contacto. No sabes qué puede ocurrir cuando aquella pútrida piel roce la tuya. Pero antes de alcanzarte, se detiene. Torpemente, se sienta sobre la manta y te observa en silencio. En su mirada no hay expresión alguna, lo que te sobrecoge aún más, como eso si fuera algo inconcebible en el rostro de un bebé.

Un pensamiento delirante irrumpe entonces: él está aquí para recuperar su lugar. Para devolver las cosas a su correcto estado. O, peor aún, para cambiarse por ti. Ahora me toca a mí, me lo debes... O simplemente es tu culpabilidad —la del superviviente— la que lo inventa todo.

Despiertas entumecido tras haber pasado varias horas hecho un ovillo. No entiendes cómo has sido capaz de dormirte, pero lo has hecho. Revisas la cama, la habitación. Él ya no está.

En las noches sucesivas, vuelve a visitarte. Cada vez que aparece, esperas lo peor (has visto demasiadas películas de miedo). Además, sabes que no podrías defenderte. No te imaginas golpeando a un bebé, aunque esté muerto. Aunque tampoco imaginas qué podría hacerte alguien de ese tamaño. ¿Y por qué debería hacerte nada? Sabe que eres su hermano. Familia.

Pronto aprendes a controlar tu miedo. Una vez que aparece a los pies de tu cama, apagas la luz y simulas dormir. Apparentas no hacerle caso. Sabes que te observa en silencio, pero evitas cualquier reacción.

Te sorprende que no huela a nada, dado el estado de su cuerpo y de sus ropas.

En algún momento de la noche él se va y tú notas que tu cuerpo se desentumece, estiras las piernas, respiras relajado. Y te duermes.

Has pensado telefonar a tus padres y contarles lo que te está ocurriendo. No lo haces. No quieres que te tomen por loco. O algo peor.

Nunca lo ves entrar, ni siquiera con la luz encendida. Sabes que está ahí cuando notas el peso de su cuerpecito irrumpien-

do de pronto a los pies de tu cama. Inmediatamente, inicia su gateo y se detiene a pocos centímetros de tu cuerpo. Entonces, se sienta y se queda observándote, inmóvil y en silencio. Siempre el mismo ritual.

Como si esperara algo.

Empiezas a acostumbrarte a esa imposible presencia. Ya casi no te asusta, ni siquiera cuando lo ves caminar por la habitación. Desde hace un par de días ya no solo gatea sobre las mantas. Tras pasar un rato observándote, se baja de la cama y se pone a andar, torpemente. Se nota que todavía no ha conseguido coordinar sus movimientos. Tu madre te contó que tú habías aprendido a andar antes de cumplir el año; con tu hermano debió ocurrir lo mismo, pero no pudo terminar de desarrollar aquella habilidad. Cada dos o tres pasos, se cae de culo y enseguida vuelve a levantarse. Sabes que no debería ser así, pero te resulta divertido observar su errático ir y venir de la cama a la silla, de la silla a la mesita de noche y vuelta a empezar. En alguna ocasión, cuando le cuesta levantarse, cuando se golpea con alguno de los muebles, estás tentado de ir a ayudarlo. Pero no te mueves. Todavía no te atreves a tocar su cuerpo, que imaginas frío y correoso.

Cuando se cae o se golpea, su rostro sigue sin mostrar emoción alguna. Simplemente, como un pequeño robot, se levanta y continúa impasible su marcha.

Mientras lo observas, te gustaría hablarle, pero algo te lo impide. ¿Y si te respondiera? Eso sería aún peor que tocarlo. Ni siquiera puedes imaginar qué voz podría surgir de ese cuerpo.

Hoy tu hermano no ha aparecido. Has pasado la noche en vela, aguardando inquieto a que, por fin, se manifestara. Las horas se te han hecho eternas. La expectación de la espera no

ha tardado en dejar paso a la inquietud. ¿Y si no vuelve más? Temes lo que eso pueda significar.

Pasas el día impaciente. Para entretener la espera has apartado todos los muebles para que tenga más sitio para caminar y evitar nuevos accidentes. Quieres que se sienta cómodo, protegido (de gemelo has ascendido a hermano mayor). Miras, alarmado, hacia los pies de la cama, pero ahí no hay más que vacío.

El amanecer te pilla despierto. Y solo.

Tu hermano sigue sin aparecer. Con la de hoy, ya son dos noches sin verlo. Lo echas de menos. Sabes que ese pensamiento no suena muy cuerdo. Pero es así. No puedes engañarte. Tu hermano muerto ha logrado animar tu monótona existencia. Incluso duermes mejor cuando él está ahí, observándote en la oscuridad, inmóvil en su lado de la cama. No solo te has acostumbrado a que perturbe tus noches; te gusta que lo haga. No tenerlo cerca te hace sentir infeliz. Abandonado. Es entonces cuando sabes lo que debes hacer.

No te cuesta demasiado saltar la tapia del cementerio.

Una vez dentro, agazapado en las sombras, con una pala en la mano, te sientes algo ridículo. Pero sabes que no hay otra opción.

Esta mañana has telefoneado a tu madre. Disimulando tu turbación, sin que sospeche nada, has logrado que te dijera el nombre del cementerio en el que reposa tu hermano. No querías alarmlarla, ni, menos aún, revelarle tus intenciones. Esto es únicamente cosa tuya.

Nunca has estado antes allí, pero no te sorprende conocer el camino. No dudas ni una sola vez.

Después de zigzaguear entre tumbas, de atajar por extensiones de césped recién cortado, te detienes ante una lápida en la que no hay ningún nombre grabado, solo dos fechas, tan próximas en el tiempo que hace daño leerlas. Tu hermano te espera.

Comienzas a cavar. La tierra está blanda. No tardarás mucho. Cada uno de los golpes de la pala te acerca más a tu hermano. Bajo tus pies, una vibración sorda parece responder a tus paladas.

El minúsculo ataúd aparece enseguida. Lo abres. Te tranquiliza comprobar que su cadáver sigue ahí. Feliz de poder verlo de nuevo, te tumbas junto a él sobre la tierra húmeda, juntos por fin otra vez. Como siempre debió ser.

Ángeles Mora Álvarez (1971). Es una lectora enamorada de las atmósferas góticas que escribe de todo un poco, pero es en el género del relato de terror donde su musa se siente más cómoda. Tras ganar algunos certámenes literarios y compartir con varios autores más de una docena de antologías en editoriales de género, ha publicado libros de microrrelato (*Piensa en otra cosa...*, Ed. El libro feroz), aforismos (*Traumas y cicatrices del ángel de la guarda*, Ed. El libro feroz) y cuento infantil (*Una Blancanieves diferente*, Ed. Niebla). Investigando sobre las distintas maneras de contar, ha ejercido de ayudante de dirección en montajes de teatro y como guionista y directora de humildes cortometrajes.

De entre todas sus publicaciones destacan sus dos colecciones de relatos: *Ecos en el páramo y otros relatos oscuros* (Ed. Niebla, 2016) y *Gabinete de rarezas* (Alud editorial, 2019) que fueron finalistas del Premio Andalucía de la Crítica en 2017 y 2020 respectivamente.

El *voyeur* y la muerte
Ángeles Mora Álvarez

I. El pescador de la muerte

Rémi Girardon se ajustó el gorro sobre las orejas tratando de protegerse de la humedad que supuraban las aguas del Sena. Pero no sirvió de nada, a lo largo de los años ya le había roído los huesos y la llevaba como se llevan los secretos: en silencio y por dentro.

Profiriendo maldiciones entre dientes podridos, oteaba la orilla en busca de la miseria de París. La bruma que levantaba el alba le hacía fruncir los ojos en el esfuerzo de descubrir los cuerpos flotantes. Madera muerta que arrastraba la corriente, animales callejeros que encontraban un final mojado, basura en descomposición; despojos de la vida de la ciudad que parecían querer escapar de la civilización y perderse en la inmensidad del mar. Pero Rémi dejaba pasar todos aquellos restos, los dejaba proseguir su viaje a la deriva. La pértiga del pescador de la muerte solo alcanzaba y detenía el vagar de los cadáveres humanos.

Hombres, mujeres y niños. El río no hacía distinciones. Sus orillas recogían la muerte de todos los sexos, edades y condición social. El Sena servía de escenario último para el drama de la vida sin diferenciar entre accidentes fortuitos, empujones intencionados, ahogamientos con saña, vertedero de ase-